

LINEAS DE FUGA 7

Agosto 2020
Bogotá, Colombia

Revista de teoría y
filosofía política



DOSSIER:
Pensar la crisis en clave marxista II

FUNDACIÓN



WALTER BENJAMÍN



GRUPO DE ESTUDIOS DE
FILOSOFÍA POLÍTICA
ESPECTROS

LINEAS DEFUGA

Revista de teoría y filosofía política
Agosto 2020/ No. 7
Bogotá, Colombia

Director

Giovanni Alexander Libreros Jiménez

Subdirector

Sergio de Zubiría Samper

Edición

Yebrail Ramírez Chaves

Comité Editorial

Luis Andrés Botero

Mary Cruz Ortega

Victor Valdivieso

Nancy de la Hoz

Jerson Arias

William Monsalve

Fernando Solano

Alejandra Ortiz

Rubiel Vargas Quintero

Diseño y diagramación

Daymer Rios Cifuentes

Ilustrador

Luis Andrés de Jesús Botero

E-mail: revistalinasdefuga2020@gmail.com

revistalinasdefuga.blogspot.com

www.fundacionwalterbenjamin.org.co

Tel: 3174299222 / 3204458613

Bogotá–Colombia

TABLA DE CONTENIDO

3

EDITORIAL

¿EL TRIUNFO DE LA MUERTE?

Yebrail Ramírez Chaves

9

PENSAR NUESTRA ACTUALIDAD DESDE LAS TEORÍAS
MARXISTAS DE LA CRISIS (II PARTE)

Sergio De Zubiría Samper

19

CRISIS DE LAS SUBJETIVIDADES POLÍTICAS II:

La producción del «sujeto comunista»

Giovanni A. Libreros J.

31

CAPITALISMO Y MILITARISMO: CRISIS SIN CUARTEL
PARTE I

Francisco Javier Toloza

43

GENOCIDIO Y CRISIS

Nancy De La Hoz

55

APÉNDICE:

DESARROLLO DESIGUAL Y ASCENSO DE LAS LUCHAS
ANTIIMPERIALISTAS: AMÉRICA LATINA, AVANCES HACIA LA
GRAN PATRIA DE SIMÓN BOLÍVAR*

Nelson Raúl Fajardo Marulanda (†)



El triunfo de la Muerte (De Triomf van de Dood), de Pieter Bruegel el Viejo (1562).
Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/El_triumfo_de_la_Muerte

EDITORIAL

¿EL TRIUNFO DE LA MUERTE?

Yebrail Ramírez Chaves*

No seremos nosotros quienes, ante las feroces amenazas que hostigan a la humanidad como consecuencia de la permanencia del sistema del capital, nos sumemos al coro destemplado y cobarde: *Après nous le déluge!*** Sin embargo, este es el adagio que siguen entonando, desde las cúspides del poder político y económico, las estiradas reliquias de la oligarquía colombiana, que no hacen otra cosa que recordarlo en cuanta tribuna se instalen, ya sea para eludir los dramáticos impactos de la crisis capitalista y de la pandemia en los sectores populares, ya sea ante a su propia incapacidad y desinterés de hacerles frente. En unos casos, el coro se esconde tras los recursos eufemísticos tipo «Todos los colombianos debemos estar unidos», «Juntos podemos salir adelante», «Nuestro comportamiento es el que garantiza que cumplamos con todas las pautas de higiene». ¿Acaso la responsabilidad dirige al estómago como el titiritero al títere? En otros casos, el coro orgulloso y sin maquillaje le cierra las puertas a posibles ceses bilaterales al fuego, se sostiene en la perfidia al acuerdo de La Habana, arroja al basurero las propuestas de renta básica universal y lanza salvavidas a los grandes emporios económicos.

Dado que no fue suficiente acudir implorante a la Virgen del Chiquinquirá, el chambelán Iván Duque, con la astucia de un Polonio, desplegó una estrategia comunicativa y política para felicitar, con una carita verde feliz, a las personas que acaten el estricto disciplinamiento y el estado de excepción, o para reprender, con una carita roja enojada, a quienes no se ajusten al deber de buen ciudadano,

* Grupo de estudio de filosofía y teoría política *Espectros*

** *¡Después de nosotros el diluvio!* Es decir, después de salvaguardar egoísta y sectariamente nuestras existencias, riquezas e intereses, que el resto de la humanidad perezca. La frase es atribuida a Jeanne-Antoinette Poisson, duquesa-marquesa de Pompadour y amante de Louis XV, quien la pronunció al enterarse que las tropas franco-austriacas fueron derrotadas por el ejército prusiano en la batalla de Rossbach, en 1757, durante la Guerra de los Siete Años.

Hoy la tarea consiste, entonces, no en la capitulación en nombre de la paz sino en reavivar, fomentar y acompañar los procesos constituyentes abiertos, en clave anticapitalista. Organizar el desespero, politizar la desesperanza, criticar todos los dogmas

así sea porque la cruda necesidad los conduzca a tener que buscar el pan de cada día. ¡Cuánta estupidez en un acto! En ambos casos, el tratamiento vergonzante es el de un paternalismo ante sus súbditos en minoría de edad, que los ampara solo con el látigo militar mientras entrega los recursos a las mafias y a las trasnacionales. Como si esto fuera poco, seguimos soportando a la pobre viejecita Marta Lucía Ramírez, cuya «trágica» vida la emparejó a ella, junto con su familia, con el narcoparamilitarismo, porque no tenía en nada más que emprender. Ella, una de las más desafinadas pero obstinadas cantoras del coro, alecciona con bondad y rectitud a los pobres por atenidos, irresponsables y poco visionarios al no ahorrar para sobrevivir la crisis.

¿Es esta una desgracia nuestra? Basta con alzar la mirada más allá del provincianismo para advertir que la tozudez del multimillonario Sebastián Piñera está precipitando en el abismo al país que vio nacer a Gladys Marín, que la demencial respuesta de Jair Bolsonaro a la situación inunda de cadáveres y mendigos las tierras de Luis Carlos Prestes, que Lenín Moreno persevera en degenerar a Ecuador a la situación que Eloy Alfaro y el pueblo superaron con tesón y lucha. Hoy el genocida racista Donald Trump tensa al máximo la crisis para lograr recomponer la hegemonía imperialista del norte, mientras el *Black power* lo desafía recorriendo avenidas y pulverizando pedestales.

Las actuales circunstancias revelan los esfuerzos rabiosos por parte del capital de alimentar las expresiones fascistas en lo político y lo social, de endurecer sus reclamos para transferir la carga de la crisis a las clases trabajadoras, de urdir reingenierías en el mundo del trabajo para consolidar la flexibilización laboral, y de blindar las instituciones dominantes. En cada instante es más diáfana la incompatibilidad entre el contenido esencialmente clasista del orden vigente, la forma engañosa con la que se encubre de universalismo y el proyecto humano de vida. A esto se referían, *mutatis mutandis*, tanto Marx

como Nietzsche con el término *decadencia*, designando y denunciando el orden social moderno, temeroso de sus propias potencias como fuerzas redentoras. Cuando asistimos al diluvio civilizatorio que pende como la espada de Damocles sobre nuestras cabezas, continuar aferrados a los esquemas y mecanismos tradicionales de la práctica política, refugiados en el legalismo y engañados por la ilusión de obtener el beneplácito de la burguesía, sería como enfrentar el temporal con la balsa de los naufragos de la estrategia parlamentarista. Negar la severidad de la crisis es el primer paso para rehuir oportunistamente del diluvio. El segundo es ennoblecer las acciones administrativas en detrimento de la praxis revolucionaria negadora del tutelaje del Estado actual.

Así, junto a la complacencia del progresismo y los alternativos, la obsesiva afirmación de los intereses de las clases dominantes sigue incentivando, al mismo tiempo, el agrietamiento de la mampostería de su sistema eterno, como diría Eric Hobsbawm. Y esta perspectiva se magnifica cuando las manos, las voces y los rostros subalternos no dejan de moverse, asomarse y agitarse entre los escombros y las catacumbas. Se saludan rebeliones populares en el globo, como en los Estados Unidos de América o en Chile, se empuñan las cacerolas o las armas para hacerse oír, se disponen las barricadas para la próxima confrontación, se derriban ídolos, se mantienen o fomentan las asambleas y los espacios de la deliberación. Las existencias plebeyas están reclamando y haciendo. A la par que se intensifica y asciende la lucha de clases, aquellas subjetividades escindidas machacan su condición de simples sufrientes pasivos y rechazan al alma bella pseudo manumisora –en realidad, auténtica Medusa para el espíritu crítico perséico– que pretende asistirlos con el fin de presumir su piadoso y prudente reformismo. Hoy la tarea consiste, entonces, no en la capitulación en nombre de la paz sino en reavivar, fomentar y acompañar los procesos constituyentes abiertos, en clave anticapitalista. *Organizar el desespero, politizar la*

desesperanza, criticar todos los dogmas. La resistencia de los dominadores no será dócil, su violencia antisubversiva se incrementará, pero las reacciones del pueblo no se caracterizan por ser decentes ni sedosas, y sí por su persistencia, aspereza e ingenio. ¡Esa es la implacable dialéctica histórica de la revolución!

En tiempos de la Peste Negra, el poder clerical y sus feligreses pretendieron hacerle frente mediante rezos, rituales, flagelaciones y pogromos. Los estragos de la Peste anularon la respuesta oficial, pero sirvieron de abono para la crítica al orden establecido de entonces. Una de ellas fue la obra del pintor flamenco Pieter Brueghel el Viejo, *El triunfo de la muerte*, cuadro satírico pesimista, anticlerical y antimonárquico que detalla las desolaciones que dejó en Europa aquella pandemia y la crisis terminal del mundo medieval. Hoy, el triunfo de la muerte no es otro que la permanencia del capital y la continuidad de sus crisis. En estas condiciones la necropolítica seguiría con su desfile campante.

¿Es dable evitar la reedición de un cuadro pesimista semejante? Los daños ya están demasiado avanzados, y las salidas ofertadas solo incentivan la catástrofe. Únicamente con la superación del estado de cosas actual, que sigue siendo deseable, necesaria y posible, la ruina quedará reservada para los responsables de la actual decadencia. El instante histórico contradictorio anuncia la posibilidad objetiva de los cambios radicales, siempre intempestivos, siempre prematuros, disruptivos, dañinos de toda continuidad tranquila del *tempo histórico* del capital. El grito de batalla de Rosa Luxemburg, *socialismo o barbarie*, no es solo un eslogan para recitar *ad nauseam*, sino el dilema real de la existencia humana que puede resolverse exclusivamente por medio de la praxis revolucionaria y la creatividad popular, realizaciones concretas de la mayoría de edad de hombres y mujeres, de la emancipación humana.





PENSAR NUESTRA ACTUALIDAD DESDE LAS TEORÍAS MARXISTAS DE LA CRISIS (II PARTE)

*Sergio De Zubiría Samper**

Los análisis y las reflexiones de Marx-Engels sobre la tendencia a la crisis sistémica de la formación social capitalista aportan unas huellas imborrables para la teoría social crítica. Algunas de sus contribuciones permanecen en los desarrollos marxistas posteriores y con la actual crisis capitalista adquieren una gran relevancia. En nuestra visión panorámica son principalmente cuatro, pero el devenir de la crisis puede mostrar otros ejes de su actualidad.

En primer lugar, los revolucionarios alemanes introducen la categoría de “formación social”, que muestra que toda sociedad concreta está regida por un principio organizador de su totalidad social; ese mismo principio condiciona tanto la posibilidad de su existencia como también las tendencias de esa formación a sus crisis sistémicas. En segundo lugar, el acento establecido por estos dos pensadores en las “crisis económicas”, cumple una labor complementaria en el campo de la teoría social, ante el descuido de sus contemporáneos por esta dimensión de la vida humana. Una historia sin tomar en cuenta la “vida material” tiende a ser incompleta o reduccionista; a partir de este momento, las crisis son multiformes y multicausadas. En tercera instancia, postulan la condición endémica de las crisis en la formación social capitalista y la imposibilidad de evitar esos “ciclos periódicos” de crisis, no necesariamente matemáticos, pero con cierta regularidad e inevitables. La cuarta contribución es el desentrañamiento del principio organizador de la formación social capitalista y sus tendencias a la crisis; ese principio es la producción social de la riqueza y la apropiación privada de esta riqueza, en el contexto de una sociedad dividida en clases; una formación social que vive de la explotación del trabajo humano.

El presente escrito pretende continuar la senda de las teorías marxistas de la crisis en los inicios del siglo XX, a partir de las contribuciones de R. Luxemburgo y

* Profesor Departamento de Filosofía Universidad de los Andes, Docente-Investigador Doctorado en Bioética Universidad El Bosque, Presidente *Fundación Walter Benjamin*

V. I. Lenin. Se trata también de un enfoque panorámico, que no pretende profundizar en la complejidad de sus teorías, matices y debates internos. Una polémica que se ubica en un momento aciago de la historia revolucionaria, la bancarrota de la II Internacional y la primera guerra imperialista (1914 – 1918), mediado por dos preguntas fundamentales para la acción política revolucionaria: ¿Existe una nueva modalidad o fase del capitalismo en los inicios del siglo XX? ¿Los análisis de Marx y Engels sobre el capitalismo tienen aún vigencia y son relevantes? Dos interrogantes con nexos internos, porque una adecuada caracterización de la fase de acumulación capitalista implicaba también una actitud teórica ante el pensamiento de los fundadores. La traición del Partido Socialdemócrata alemán al caer en el “patrioterismo” guerrillero era expresión del “adocenamiento liberal” (Lenin) del marxismo y de la inadecuada caracterización de la fase capitalista. Dos profundas debilidades teóricas que inundan la II Internacional, el revisionismo y el reformismo, a las que Luxemburgo y Lenin dedican importantes esfuerzos críticos. Basta recordar las obras anticipatorias de “Reforma o Revolución” (1898) de Rosa y “Marxismo y Revisionismo” (1908) de Lenin; siempre bajo la regla ética de oro de la revolucionaria polaco-alemana: “La autocrítica despiadada no es únicamente un derecho vital, sino el deber supremo de la clase obrera” (Luxemburgo, 2015, p. 108).

El distanciamiento crítico que realiza el marxismo revolucionario parte de las siguientes premisas: a) Otorgarle centralidad a la teoría para la acción política y la valoración del legado teórico de los fundadores, porque todo reformismo manifiesta “hostilidad contra la teoría. Y esto es natural; puesto que nuestra <teoría>, es decir, los principios del socialismo científico, establecen líneas marcadísimas para la actividad práctica, tanto con respecto a los fines, como a los medios de lucha a emplear y a la forma de combatir” (Luxemburgo, 2015, p. 88); b) Atender con esmero las llamadas “enmiendas

multifacéticas” al pensamiento de Marx declaradas por el revisionismo y que giran en torno a aspectos centrales del marxismo en el campo ideológico, político y de la economía política, en especial, la teoría de la crisis sistémica, la lucha de clases y las relaciones entre reforma y/o revolución; “decían que, ahora, las crisis se han hecho más raras y más débiles, y que era probable que los cartels y los trusts diesen al capital la posibilidad de eliminar por completo las crisis. Decían que la ‘teoría de la bancarrota’ hacia la cual marcha el capitalismo, es inconsistente a causa de la tendencia a suavizar y atenuar las contradicciones de clase” (Lenin, 1961, p. 117); c) Evitar cualquier forma de “determinismo” histórico en los análisis sociales, en especial, el mecanicismo “economicista” y “voluntarista”. “La misma concepción mecánica y poco dialéctica se aprecia en la manera que Bernstein tiene de considerar la desaparición de las crisis como un síntoma de <adaptación> de la economía capitalista. Para él, las crisis son simplemente trastornos de la economía capitalista, permitiendo a esta, al ser eliminados, un funcionamiento normal” (Luxemburgo, 2015, p. 58).

Orientados por las premisas anteriores, Luxemburgo y Lenin, emprenden la tarea de pensar la nueva fase de acumulación capitalista y su tendencia a la crisis sistémica. Mientras el revisionismo sostiene la atenuación progresiva de las contradicciones del capitalismo y va abandonando la teoría de la lucha de clases, estos dos marxistas revolucionarios se ubican en el legado de Marx y Engels. Rosa como activista política y profesora de la Escuela Central del Partido Socialdemócrata Alemán, a partir de octubre de 1907, profundiza sus estudios de economía política para la caracterización de la época; fruto de una inmersión profunda en los clásicos, publicará en 1913, su “*magnum opus*” (E. Mandel), *La acumulación de capital*. Lenin dedicará su último exilio (1908-1917) a las tareas de la organización política y una profunda inmersión en la filosofía clásica; que lo llevará a publicar ese texto imprescindible, en la primavera de 1916, *El Imperialismo fase superior del capitalismo*.

Este ensayo pretende presentar en dos momentos los aportes principales de estos dos marxistas revolucionarios a la caracterización del capitalismo de su época y sus tendencias a la crisis.

Acumulación imperialista de capital y derrumbe capitalista

Las reflexiones de Luxemburgo centran su atención en el funcionamiento del capitalismo en su conjunto y especialmente en los esquemas de reproducción del capital. En el Tomo II de *El Capital*, Marx analiza la “reproducción ampliada”, concebida como ese proceso de acumulación de capital destinado a generar un volumen de producto mayor al requerido para reponer los medios de producción y de consumo que aseguran la “reproducción simple”; para la marxista alemana, es necesario llevar hasta sus últimas consecuencias las investigaciones de Marx sobre la “reproducción

Luxemburgo y Lenin, emprenden la tarea de pensar la nueva fase de acumulación capitalista y su tendencia a la crisis sistémica. Mientras el revisionismo sostiene la atenuación progresiva de las contradicciones del capitalismo y va abandonando la teoría de la lucha de clases, estos dos marxistas revolucionarios se ubican en el legado de Marx y Engels

ampliada” y develar la condición esencial de la expansión capitalista: la colonización y destrucción de los sectores no capitalistas de la economía. Como lo sostiene G. Lukács (1968): “Rosa Luxemburg no ha hecho más que pensar hasta el final el fragmento marxiano según la orientación de Marx y completarlo según su espíritu” (p. 34).

La penetración capitalista en los espacios no capitalistas es condición para continuar la acumulación de capital y este se derrumbaría al no ser posible la expansión en esos espacios no capitalistas. En sus palabras: “Vemos, no obstante, que el capitalismo está atenido, aun en su plena madurez, a la existencia coetánea de capas y sociedades no capitalistas” (Luxemburgo, 2010, p. 177). Para sostener la acumulación el capitalismo implementa un conjunto de acciones, tales como: a) Destruir las economías naturales precapitalistas aniquilando al campesinado y el artesanado; liquidación brutal de las clases y valores culturales no capitalistas; b) Imponer el colonialismo a través de empréstitos internacionales y un sistema monetario crediticio; c) Controlar los territorios y crear situaciones aptas para la mercantilización y la división internacional del mercado; d) Industrializar las periferias capitalistas e incluir al mercado exterior las periferias no capitalistas; e) Incrementar la militarización de la sociedad y el gasto militar, porque el método de la violencia y el despojo son procesos permanentes en el capitalismo; f) Profundizar la acumulación por desposesión, logrando apoderarse de cualquier sobreacumulación en territorios capitalistas o precapitalistas o no capitalistas; porque “el capitalismo necesita, para su existencia y desarrollo, estar rodeado de formas de producción no capitalistas” (Luxemburgo, 2010, p.179); g) Racializar la fuerza de trabajo explotando a millones de mujeres y hombres negros.

El imperialismo, para Luxemburgo, es tanto un “método histórico” para la prolongación de la vida del capital como también “la expresión política del proceso de la acumulación del capital en su lucha para conquistar los medios no capitalistas que no se hallen todavía agotados”

(Luxemburgo, 2010, p.221). Como método es una forma de dominación mundial y como expresión política es el “enemigo mortal común” de todos los proletarios del mundo. Por tanto, dos condiciones ineludibles para la derrota del imperialismo son la lucha de clases en el seno de los Estados burgueses contra las clases dominantes y la solidaridad internacional de los proletarios del mundo; sólo así, se podrá consolidar la “lucha liberadora histórico mundial”.

La acumulación imperialista de capital está colmada de contradicciones, que, en otras condiciones históricas, continúan ratificando la tesis de Marx de la tendencia a la crisis sistémica y el derrumbe del capitalismo: “con las fases anteriores del capitalismo, comparte el destino de reforzar la fuerza de su enemigo mortal en la misma medida en que se desarrolla. Acelera la concentración de capital, la extinción de las capas medias, el aumento del proletariado, despierta la resistencia creciente de las masas y conduce a la intensiva agudización de las contradicciones de clase. Tanto en la guerra como en la paz, la lucha de clases proletaria ha de concentrarse principalmente contra el imperialismo” (Luxemburgo, 2015, p. 212). Antes que atenuar las contradicciones, como lo sostiene el reformismo, la fase imperialista agudiza las contradicciones del capitalismo. Algunas de estas contradicciones, para la pensadora alemana son:

- a) El incremento de la acumulación imperialista de capital se realiza en medio de explosiones sociales, guerras y revoluciones;
- b) El incremento de la agresión militarista contra el mundo no capitalista también incrementa los conflictos entre los bloques imperialistas que compiten entre sí;
- c) Los espacios externos no capitalistas también se agotan y esto impone límites concretos a la expansión imperialista;
- d) El mundo se convierte en una “cadena ininterrumpida de catástrofes” y de convulsiones políticas y sociales que, añadiéndose a las catástrofes periódicas de las crisis, hacen de la prosecución de la acumulación de capital una imposibilidad económica.

Luxemburgo anticipa tesis centrales para comprender la fase de acumulación contemporánea. Como lo ha señalado G. Albo (2014), su obra contiene postulados muy relevantes. En primer lugar, el imperialismo no está definido en términos de una geografía dada o un país predeterminado, sino en la continua transformación del núcleo de las economías capitalistas por relacionarse con organizaciones sociales no capitalistas, que son su marco para poder incrementar la acumulación; por tanto, la circulación de capital es un proceso de diferenciación geográfica desigual. Se trata de un fenómeno de interdependencia, pero también de diferenciación. En segundo lugar, la condición necesaria para acumular exige una “exterioridad” al capital que en algún momento histórico llega a su finitud; por tanto, la economía natural, las periferias, las clases no capitalistas, etc., no son ilimitadas. En tercer lugar, la fase imperialista incrementa tanto la militarización de las sociedades, la lucha entre bloques, la violencia y el despojo, como también las subjetividades anticapitalistas y las catástrofes de todo tipo; por ello, la tendencia a la crisis sistémica del capitalismo se profundiza en la fase imperialista.

Imperialismo, monopolio y crisis capitalista

La editora Parus de San Petersburgo encarga a Lenin un documento sobre la economía mundial; Lenin entrega en la primavera de 1916 el folleto “*El imperialismo fase superior del capitalismo*”. Como lo expresa en el prólogo su propósito es: “abrigar la esperanza de que mi folleto ayudará a orientarse en el problema económico fundamental, sin cuyo estudio es imposible comprender nada cuando se trata de emitir un juicio sobre la guerra y la política actuales: el problema de la esencia económica del imperialismo” (Lenin, 1961, p. 694). Comprender la esencia económica del imperialismo nos prepara para reconocer que aquel es la “antesala” de la revolución mundial del proletariado. Manteniendo el legado de Marx, Engels y Rosa, el bolchevique postula la urgencia de analizar la situación mundial desde la perspectiva de la nueva etapa del capitalismo y la lucha de clases. Mientras la espartaquista se centra en la ley general del régimen de

acumulación para estudiar el imperialismo, el pensador ruso acentúa en sus análisis la fase monopolista del capital.

Algunas de sus tesis centrales son las siguientes. La primera tesis, la guerra mundial que se inició en 1914, tiene un “verdadero carácter de clase” y una comprensión marxista conlleva el “análisis de la situación objetiva de las clases dirigentes en todas las potencias beligerantes”. La segunda, el imperialismo constituye una “fase particular” del capitalismo y “si fuera necesario dar una definición lo más breve posible del imperialismo, debería decirse que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo”; pero como las definiciones breves “resultan insuficientes”, es necesario acompañar este rasgo principal con otros cinco elementos que lo desarrollan: 1) La concentración de la producción y del capital llegada hasta un grado tan elevado de desarrollo, que ha creado los monopolios, los cuales desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación sobre la base de éste el “capital financiero”, de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías adquiere una importancia particularmente grande; 4) la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo, y 5) la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes. La tercera tesis, hace necesario relacionar el imperialismo con la tendencia del capitalismo a su “crisis sistemática” y esto obliga a “calificarlo de capitalismo parasitario o en estado de descomposición”, por la formación de “Estados rentistas”, de “Estados usureros”, cuyas burguesías viven a costa de la exportación de capitales y del “corte del cupón” (hacer efectivos bonos en la bolsa). Ciertas ramas de producción crecen inusitadamente, pero a costa de la desigualdad y la descomposición de la economía en su conjunto.

El capitalismo de “libre competencia” se va convirtiendo “ante nuestros ojos” en monopolio, pero al mismo tiempo, los monopolios no eliminan la competencia, “sino que existen por encima de ella y al lado de ella, engendrando así

Comprender la esencia económica del imperialismo nos prepara para reconocer que aquel es la “antesala” de la revolución mundial del proletariado. Manteniendo el legado de Marx, Engels y Rosa, el bolchevique postula la urgencia de analizar la situación mundial desde la perspectiva de la nueva etapa del capitalismo y la lucha de clases

contradicciones, rozamientos y conflictos particularmente agudos y bruscos” (Lenin, 1961, p. 764). Para Lenin (1961), existen cuatro variedades esenciales del monopolio en la etapa que estudia: a) El monopolio como producto de la concentración de la producción conformado por agrupaciones monopolistas de capitalistas, los cartels, los sindicatos de oficio y los trusts; b) Los monopolios que intentan conquistar las más importantes fuentes de materias primas a nivel planetario; c) La monopolización de los bancos que conforman una “oligarquía financiera” de carácter mundial; d) El monopolio que ha nacido de las políticas coloniales del capitalismo. Estas manifestaciones del “capitalismo monopolista ha agudizado todas las contradicciones del capitalismo” (1961, p. 795) y por tanto es necesario calificarlo de “capitalismo agonizante” (Lenin, 1961, p. 797), a diferencia de lo planteado por el revisionismo y el reformismo, que siempre atenúan las contradicciones del capitalismo y abandonan la teoría de la crisis. Algunas de las contradicciones que se profundizan para el revolucionario ruso son: a) La tendencia a la dominación y explotación de un número cada vez mayor de trabajadores proletarizados y naciones pequeñas empobrecidas, con la consecuente miseria generalizada, la expansión del colonialismo y el “yugo de los cartels”; b) La tendencia a las anexiones de territorios y la violación de la independencia nacional; c) La formación de “Estados rentistas” y “Estados usureros”, cuyas burguesías viven a costa de la exportación de capitales, el predominio del capital usurero financiero, la ociosidad de la bolsa y el parasitismo económico; d) La tendencia a escindir a los obreros y acentuar el oportunismo dentro de ellos, para romper la unidad del movimiento de los trabajadores; existe un entramado visible entre súper ganancias imperialistas y oportunismo socialdemócrata; e) El antagonismo en la lucha de clases se potencia y la confrontación contra el imperialismo se constituye en “antesala” de la revolución mundial.

Hemos realizado un recorrido panorámico por las teorías de la crisis de Marx, Engels, Luxemburgo y Lenin; muchos clásicos aún quedan pendientes como Gramsci, Lukács, Kondratiev, etc., como también los aportes ineludibles del neomarxismo. Estamos convencidos que la comprensión actual de la crisis exige la profundización y estudio colectivo del legado marxista en sus fuentes primarias. La tarea es larga, pero habrá que recomenzar de nuevo. En nuestro próximo escrito haremos una evaluación de los importantes aportes de Gramsci a la crisis general del capitalismo.

Las reflexiones y la praxis política de Rosa y Lenin nos evidencian como el abandono de la lucha directa de clases, la inadecuada caracterización de la fase del capitalismo y la suposición que las contradicciones capitalistas se irán atenuando, como sostiene el revisionismo y el reformismo desde sus inicios en la II Internacional, conllevan a la incompreensión de la crisis sistémica inherente a la formación social capitalista.

Referencias bibliográficas

Lenin, V. I. (1961). Obras Escogidas. Moscú: Editorial Progreso

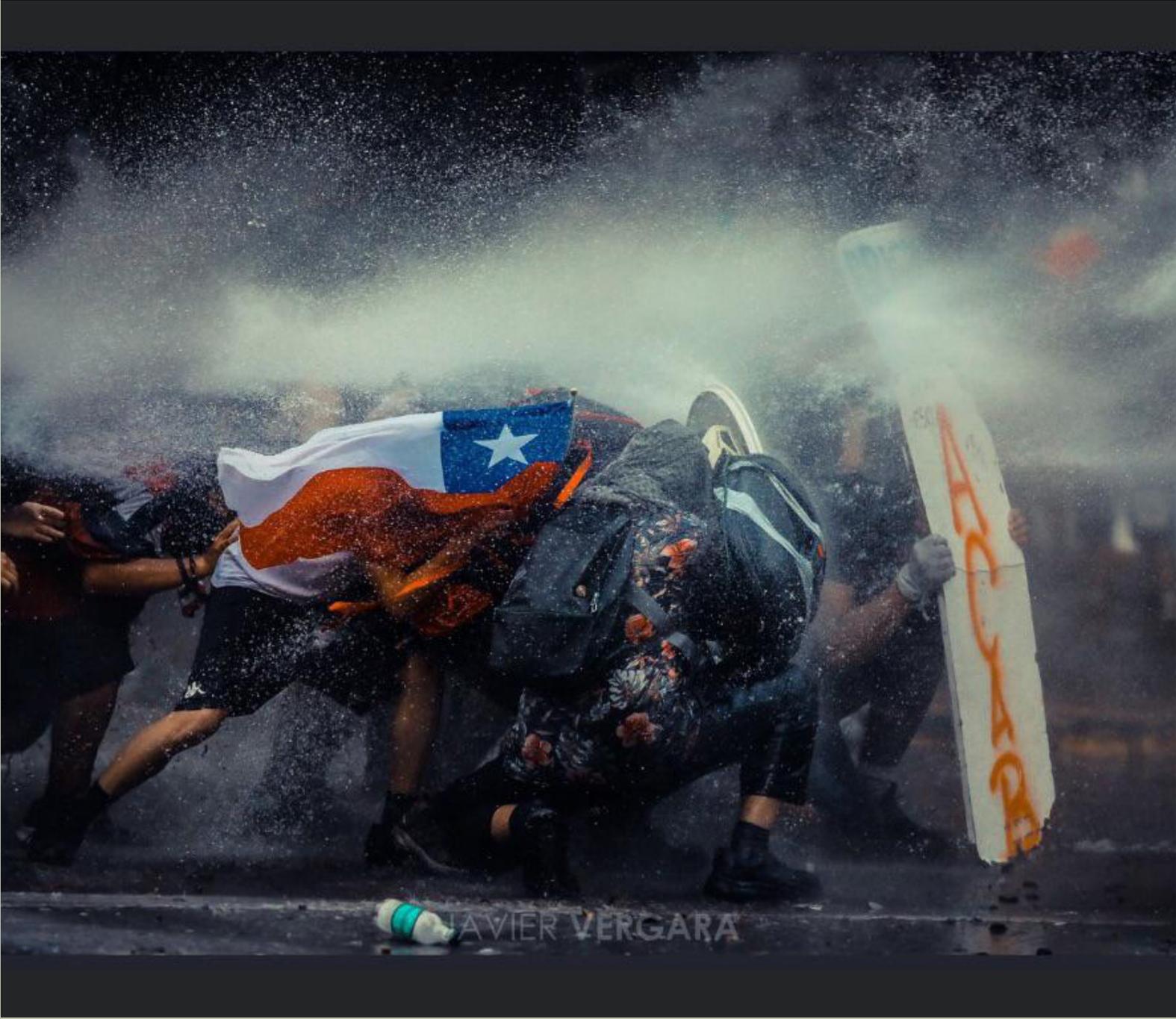
Lukács, G. (1968). Historia y conciencia de clase. México: Grijalbo.

Luxemburgo, R. (2015). Textos Escogidos. China: Biblioteca Marxista.

Luxemburgo, R. (1985). Introducción a la Economía Política. Bogotá: Siglo XXI Editores.

Luxemburgo, R. (2010) La acumulación de capital. Buenos Aires: Germinal.

Albo, G. (2014). Rosa Luxemburgo y el capitalismo contemporáneo; en Sánchez, G., Álvarez, A y Figueroa, S. (Coord.), Reproducción, crisis, organización y resistencia. México: CLACSO.



JAVIER VERGARA

CRISIS DE LAS SUBJETIVIDADES POLÍTICAS II: La producción del «sujeto comunista»

Giovanni A. Libreros J*

La positiva recepción de nuestro artículo, *Crisis de las subjetividades políticas*, publicado en el número 6², nos animó a continuar explorando este complejo terreno. Algunas críticas sugieren ampliar ciertas cuestiones que resultan relevantes en esta indagación. Una de ellas consiste en si el marxismo revolucionario opta exclusivamente por un sujeto unitario–universal o deja abiertas las rendijas para pensar un sujeto plural o múltiple. Por otro lado, se evidencia la necesidad de una distinción entre las teorías del sujeto y del poder. Finalmente, este diálogo lleva la exigencia de un nuevo desafío: pasar de la crítica de la *subjetividad reformista* a la crítica de la *subjetividad neoliberal*.

Inicialmente quisimos abordar estas tres cuestiones. Pero la profundidad que contiene cada una de ellas llevó a que finalmente nos decidiéramos por un abordaje separado. En esta segunda entrega nos ocuparemos de las tensiones entre dos teorías que a nuestro juicio enriquecen las nociones marxistas del sujeto y el poder: *El neo–marxismo y el post–estructuralismo*. Como no es posible abordar toda esta constelación de autores, solo nos ocuparemos de algunos de ellos.

Si el neoliberalismo resultó ser un sistema de poder totalizador, avasallante para las reivindicaciones de la democracia moderna, el reformismo y los proyectos anticapitalistas, cabe entonces preguntarnos si es posible producir subjetividades resistentes a su gobierno biopolítico y, en esa misma medida, indagar también si el estudio de las tensiones entre *neo –marxismo y post–estructuralismo* aportan claves teóricas a la comprensión marxista del «sujeto comunista». Nuestra hipótesis

* Coordinador Nacional de la Red Colombiana de Estudios Marxistas – RECEM.

2 Disponible en: <https://revistalineasdefuga.blogspot.com/2020/05/numero-6-de-la-revista-lineas-de-fuga.html>

La utilización racional de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki universalizó el principio: el fin justifica los medios. Los neo-marxistas denunciaron en esta racionalidad que el progreso de la humanidad está impulsado por los elementos más negativos de la civilización: el sufrimiento y la destrucción

inicial se inclina a que sí, puesto que, si bien ambas escuelas criticaron el marxismo clásico, al mismo tiempo incorporaron aspectos fundamentales del pensamiento dialéctico y la filosofía de la praxis de Karl Marx.

Neo – marxismo: el poder de la dialéctica negativa

La Escuela de Fráncfort representó una de las críticas más agudas a la matriz de sujeto hegeliano de la “Filosofía de la Historia”. En la versión moderna, el sujeto se encuentra en una inevitable lucha consigo mismo. Esto porque en cuanto “animal racional” se halla en oposición a su mera vida biológica, es decir, a lo que hay de natural y espontáneo en él. Esta contradicción lo lleva a escindirse y a crear una discordia dentro de sí, donde originalmente había unidad (Taylor, 2014, p. 48).

De esta premisa surge lo que Engels (1981) consideró el problema cardinal de toda filosofía, *la relación entre el pensar y el ser* (p. 363). El debate idealismo – materialismo se centra en buena medida en la contradicción entre necesidad y pensamiento. Ambas visiones consideran que la *racionalidad* no es algo con lo que uno comience, sino una meta a la cual tenemos que llegar. Es por ello que el sujeto tiene una historia. Solo reconciliando el *pensamiento* con el *ser*, el sujeto con el objeto, se llega a la identidad.

De esta filosofía se dependen dos consecuencias: 1) existe una jerarquía de los modos de pensamiento (niveles inferiores y superiores en el arte, la religión y la filosofía); 2) para llegar a esta identidad “el hombre ha de abrirse paso, con esfuerzo y lucha, a través de varias etapas de conciencia inferior, más deformada. Comienza como ser primitivo y ha de adquirir, lenta y penosamente, cultura y entendimiento” (Taylor, 2014, p. 49).

El *poder* en esta narrativa aparece como una fuerza impulsada por la necesidad, la lucha por el reconocimiento y el progreso, la cuales van destruyendo las formas de vida caducas para crear las nuevas formas

de la civilización, consideradas más humanizadas y liberadas con respecto a los estadios anteriores. Esta dialéctica es *positiva* puesto que considera cada nueva fase como el momento constitutivo de la identidad. El sujeto en su denodada lucha vence la necesidad, logra el reconocimiento y realiza por tanto su libertad. El marxismo positivista (soviético) comparte también esta perspectiva optimista de la historia, solo que es una versión adaptada al socialismo.

La tradición neo-marxista rompe con este relato. El progreso de la humanidad no es más que la historia de la destrucción. De acuerdo con W. Benjamin, lo que para nosotros parece ser una cadena de acontecimientos, para el *Ángel de la historia*, es una catástrofe única “que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar” (Benjamin, 2020, p.24).

En esta posición se sitúan M. Horkheimer y Th. W. Adorno, quienes se opusieron al consenso del nuevo orden mundial surgido tras la derrota del fascismo. Para los fundadores de la Escuela de Fráncfort, la historia de la humanidad está anegada en la sangre de millones de seres humanos víctimas de la razón instrumental.

La utilización racional de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki universalizó el principio: *el fin justifica los medios*. Los neo-marxistas denunciaron en esta racionalidad que el progreso de la humanidad está impulsado por los elementos más negativos de la civilización: el sufrimiento y la destrucción. “La ratio se invierte en irracionalidad en cuanto, en su necesario progreso, desconoce que la desaparición de su propio sustrato, por diluido que se encuentre, es su propio producto, obra de su abstracción” (Adorno, 2005, p.145).

Adorno, en 1931, en su discurso inaugural sobre *La actualidad de la filosofía [Die Aktualität der Philosophie]*, sentenció que los proyectos filosóficos debían renunciar a su pretensión de dominar la totalidad por la fuerza del pensamiento (Adorno, 1994, p. 73). Anticipó así el

advenimiento de toda una época captada tardíamente por el científico de origen ruso, Ilya Prigogine, como el *fin de las certidumbres*.

Este pesimismo en torno a la “Razón legitimadora” es uno de los rasgos más sobresalientes de la “Escuela”, que en cierto modo representó un viraje del pensamiento crítico hacia una serie de cuestiones ubicadas por fuera del control de la “totalidad verdadera”. Los nuevos caminos llevaron la crítica por los senderos de la *Dialéctica Negativa* [*Negative Dialektik*], la cual buscaba sustituir el principio de unidad y la omnipotencia del concepto soberano, por la idea de lo que escaparía al hechizo de tal unidad (Adorno, 2005, p. 10).

La *Dialéctica Negativa* trazó así el camino de la regresión, lo cual significó no solo un atentado contra la tradición oficial del pensamiento occidental, sino que también implicó la formulación de una dialéctica anti-sistémica. Así, Adorno (2005) señala que:

Quando el pensar sigue inconscientemente la ley de su movimiento, se vuelve contra su sentido, lo pensado por el pensamiento, lo que pone freno a la fuga de las intenciones subjetivas. La imposición de su autarquía condena al pensar al vacío; al final éste se convierte, subjetivamente, en estupidez y primitivismo. La regresión de la consciencia es producto de su falta de autorreflexión. Esta es capaz de calar incluso el principio de identidad, pero sin identificación no se puede pensar, toda determinación es identificación (p. 145).

Esta perspectiva se revela como una *filosofía de la no – identidad*, la cual exalta lo fragmentario, lo marginal etc., como una respuesta a las tentativas del pensamiento unitario y totalizador que piensa el poder de un modo negativo ¿Qué significa esto? Significa que si bien el poder es una fuerza afirmativa de la dominación, con pretensiones de unificación absoluta (legitimación), éste



encarna potencialmente la fuerza de su propia negación (destrucción).

La fuerza del sujeto reside en sus propios impulsos para emprender la tarea de “desmontar la falacia de la subjetividad constitutiva”, es decir, del relato legitimador de la conciencia burguesa que aspira a convivir en la felicidad de la diferencia. La perspectiva *adorniana* revela que el *poder* se ocupa del antagonismo social, más no de la mera diferencia.

Dicha negatividad parte de la siguiente premisa, el *poder es siempre una relación dialéctica de contradicción y destrucción a partir de sí mismo*. Esto quiere decir que la contradicción y no la simple diferencia, es la que encarna el principio de la destrucción. El *poder*, desde el ángulo afirmativo, acepta conciliar la diferencia dentro de los límites de su *unidad absoluta*, pero siendo hostil a cualquier manifestación que provenga de un “*otro*” *situado por fuera de esta totalidad*. “Esta intolerancia ante lo distinto es directamente el signo de cualquier tipo de forma totalitaria, donde la palabra totalitario puede utilizarse de varias maneras” (Adorno, 2013, p. 147).

La contradicción se ajusta siempre a un estado negativo del mundo. Adorno critica el sueño de un mundo reconciliado en alguna manifestación verdadera. Esto porque la dialéctica es, en lo esencial, necesariamente crítica, pero ello no la exime de volverse falsa cuando se pone y se afirma a sí misma como una filosofía positiva, como una visión del mundo verdadera con la pretensión de ser, sin que medie la negación, la manifestación de la verdad misma (Adorno, 2013, págs. 147-148).

Contra los pretendidos consensos del poder, el pensamiento crítico debe frenar esta tentativa de unidad. Por esta razón, la *Dialéctica Negativa* es una filosofía de la no – identidad, un pensamiento cuya fuerza radica en hacer estallar la apariencia de la identidad. En síntesis, el poder es una relación paradójica donde el sujeto revela su fuerza crítica en cada momento singular del antagonismo social.

El problema radica en que el poder estatal es visto, por lo general, solo como un instrumento de dominación de clase y no como una forma de poder que es a la vez totalizadora e individualizadora

Post – estructuralismo: la lucha por una nueva subjetividad

Hablar del post–estructuralismo sin referencia directa a Michel Foucault es imposible. En su obra se puede apreciar un diálogo con las tradiciones críticas de la modernidad. Sin llegar a menospreciar los aportes de la Escuela de Frankfurt, considera que su abordaje de las relaciones de racionalización y exceso de poder político, corren el riesgo de caer en un pernicioso círculo entre racionalidad e irracionalidad.

Él propone otra vía de investigación de estos vínculos; una que no parta de considerar la racionalización de la sociedad o de la cultura *como un todo*, sino que analice ese proceso en *diversos campos*: la locura, la enfermedad, la muerte, el crimen, la sexualidad, entre otros. Esta perspectiva considera que el término *racionalización* no permite analizar las *racionalidades específicas*, puesto que se abstrae en las cuestiones del progreso de la racionalización en general (Foucault, 2001, p. 243).

Dicha vía busca avanzar hacia una “nueva economía de las relaciones de poder” con el fin de ampliar las relaciones entre teoría y práctica. Básicamente se trata de estudiar las *formas de resistencia* contra *diferentes tipos de poder*. Para Foucault la resistencia es el catalizador químico que ilumina las relaciones de poder. “Antes de analizar el poder desde el punto de vista de su racionalidad interna, consiste en analizar las relaciones de poder a través de un antagonismo de estrategias” (Foucault, 2001, p. 244).

Para tal fin se aborda una serie de oposiciones desarrolladas en la época moderna: “oposición al poder del hombre sobre la mujer, de los padres sobre los hijos, del psiquiatra sobre el enfermo mental, de la medicina sobre la población, de la administración sobre las formas de vida de las personas (Foucault, 2001, p. 244). Para el enfoque post- estructuralista no es suficiente con denominar estas luchas como fragmentarias o

antiautoritarias, sino definir las en términos más precisos, *por lo que ellas tienen en común*.

Para el pensador francés serían seis los aspectos comunes: **1)** son *luchas transversales*, es decir, que no están confinadas a una particular forma de gobierno (política o económica); **2)** *el objetivo de estas luchas son los efectos del poder* (no las intencionalidades); **3)** son *luchas inmediatas* porque en ellas la gente critica instancias de poder que están cerradas para ellos y también porque no esperan encontrar una solución a sus problemas en una fecha futura. Para Foucault se trata de *luchas anarquistas*; **4)** *son luchas que cuestionan el estatus del individuo*, pero con un doble filo: afirman el derecho a ser diferente y al mismo tiempo atacan todo aquello que separa al individuo de la vida de la comunidad. Se trata de luchas contra el “gobierno de la individualización”; **5)** en ellas *existe una oposición a los efectos del poder que está ligada a conocimiento y calificación: luchar contra los privilegios del saber*. Lo que se cuestiona es la forma en que el conocimiento circula y funciona, es decir, sus relaciones con el poder [*Régime du savoir*] y, finalmente; **6)** todas estas luchas giran en torno a una cuestión: ¿quiénes somos? “Son un rechazo de estas abstracciones, del estado de violencia ideológico y económico que ignora que somos individuos, y también un rechazo a una investigación científica o administrativa que determina lo que es cada uno” (Foucault, 2001, págs.. 244-245).

En síntesis, lo que tendrían en común estas luchas, es que su objetivo principal no consiste en atacar las instituciones de poder, grupo, élite o clase (*que lo es también*) sino principalmente, *a una determinada técnica o forma de poder*. De ahí que para él existan tres tipos o formas de lucha: **1)** contra la *forma de dominación* (étnica, social y religiosa); **2)** contra las *formas de explotación* que separan al individuo de lo que produce; y **3)** contra lo que *liga al individuo a sí mismo y lo somete a otros en esta forma* (lucha contra la sujeción, contra formas de subjetividad y de sumisión) (Foucault, 2001, p. 245).

Foucault investiga en la historia estas tres formas y encuentra que estas modalidades aparecen a veces aisladas y otras mezcladas, sin que ello impida que alguna de ellas prevalezca. ¿Foucault hablando de combinación de las formas de lucha? ¡Quién lo iba a creer!

Por ejemplo, en las sociedades feudales, la lucha contra las formas de dominación étnica y social fueron las que prevalecieron, aun cuando la explotación económica pudo haber sido muy importante entre las causas de las revueltas. En el siglo XIX, la lucha contra la explotación pasó a primer plano. Y en nuestros días, las luchas contra las formas de sujeción, contra la sumisión de la subjetividad, se vuelven cada vez más importantes, aun cuando las luchas contra las formas de dominación y explotación no han desaparecido. Todo lo contrario (Foucault, 2001, p. 245).

El pensador francés sospechaba de la etiqueta de los “nuevos movimientos sociales”. Para él, todos los movimientos que se desarrollaron en los siglos XV y XVI debían ser estudiados en clave de la “gran crisis de la experiencia occidental de la subjetividad”.

Reconozco que pueden presentarse objeciones. Podemos decir que todos los tipos de sujeción son fenómenos derivados, que son la mera consecuencia de otros procesos económicos y sociales: fuerzas de producción, lucha de clases y estructuras ideológicas que determinan la forma de subjetividad. Es cierto que los mecanismos de sujeción no pueden ser estudiados fuera de su relación con los mecanismos de explotación y dominación. Pero éstos no constituyen la instancia “terminal” de mecanismos más fundamentales. Mantienen relaciones complejas y circulares con las otras formas (Foucault, 2001, p. 246).

La lucha contra los mecanismos de sujeción tiende a prevalecer sobre las demás formas (dominación y explotación) por el hecho de que, desde el siglo XVI, se ha venido desarrollando una nueva forma de poder: *El moderno Estado occidental*. El problema radica en que el poder estatal es visto por lo general, solo como un instrumento de dominación de clase y no como una forma de poder que es a la vez totalizadora e individualizadora [técnicas de individualización y procedimientos de totalización].

Las investigaciones estaban limitadas a las relaciones de fuerza en el Estado y el derecho, una definición del poder reducida a la coacción y/o el consenso. Se requería identificar los *modos de acción que ejerce el poder sobre las acciones de los individuos para convertirlos en sujetos*. A este tipo de estrategia es lo que Foucault llama los *modos de objetivación del sujeto*.

De ahí que, la definición foucaultiana de “gobierno”, no se reduce a las estructuras políticas o la dirección de los Estados, sino que abarca las formas en como el poder puede dirigir la conducta de los individuos o de los grupos. “Gobernar, en este sentido, es estructurar un campo posible de acción de los otros” (Foucault, 2001, p. 254). Hasta aquí podemos avanzar, pero es suficiente aproximación para pensar la cuestión de la producción del «sujeto comunista».

Conclusiones provisionales

En esta apretada presentación de las teorías neo-marxista y post-estructuralista logramos identificar algunos tópicos que enriquecen las nociones marxistas del sujeto. Por un lado, la apropiación de *la filosofía de la no-identidad* puede potenciar el pensamiento crítico, lo que contribuye a fortalecer la praxis revolucionaria y, por otro lado, la perspectiva *post-estructuralista* permite repensar la estrategia socialista a partir de cartografías del poder, que ayuden a comprender las nuevas formas de lucha de las masas.

Este conjunto de ideas de alguna manera ya estaban presentes en Marx (1981) cuando decía que “Para luchar contra el enemigo común no se precisa ninguna unión especial” (p. 184). Se trata entonces de incorporar nociones que confronten los modos de subjetivación del reformismo y del neoliberalismo para desarrollar la subjetividad revolucionaria en las actuales circunstancias. Un asunto crucial para encontrar las claves de superación de la crisis de las subjetividades políticas y también para el horizonte de posibilidades emancipatorias de la naturaleza y la especie humana.

El estudio de la dialéctica negativa, las relaciones de poder, los regímenes de verdad y los modos de objetivación del sujeto, generan aproximaciones muy beneficiosas con el marxismo revolucionario en dirección a promover iniciativas más apropiadas para la producción de capacidades, relaciones de comunicación y relaciones de poder favorables a la formación del «sujeto comunista».

Referencias bibliográficas

Adorno, T. (1994). *Actualidad de la filosofía*. Barcelona: Altaya.

Adorno, T. (2005). *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*. Madrid: Akal.

Adorno, T. (2013). *Introducción a la dialéctica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Benjamin, W. (12 de Julio de 2020). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Obtenido de Marxismo Crítico: <https://marxismocritico.files.wordpress.com/2013/05/sobre-el-concepto-de-historia.pdf>

Engels, F. (1981). *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. En C. Marx, & F. Engels, *Obras Escogidas* (Vol. I, págs. 353-395). Moscú: Progreso.

Foucault, M. (2001). *POST-SCRIPTUM. El sujeto y el poder*. En H. Dreyfus & P. Rabinow, *MICHEL FOUCAULT: más allá del estructuralismo* (págs. 241-259). Buenos Aires: Ediciones Nueva Vision.

Marx, C., & Engels, F. (1981). *Mensaje del Comité Central a la liga de los comunistas*. Marzo de 1850. En C. Marx & F. Engels, *Obras escogidas* (Vol. I, págs. 179-189). Moscú: Progreso.

Taylor, C. (2014). *Hegel y la sociedad moderna*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.



**CAPITALISMO Y MILITARISMO:
CRISIS SIN CUARTEL
PARTE I**

*Francisco Javier Toloza**

Crisis civilizatoria es crisis militar

La clásica teoría marxista de la crisis como realidad inherente al capitalismo por las contradicciones intrínsecas de éste, se ha visto ratificada y enriquecida durante esta larga declinación del orden social capitalista que completa ya cuando menos medio siglo. Desde la primera crisis del petróleo y la estanflación de 1973 hasta la recesión en curso aupada por la pandemia del COVID-19 cada episodio de crisis global profundiza la decadencia del capital, esquilma a millones de trabajadores y trabajadoras en el orbe, e integra nuevas dimensiones de la vida humana a lo que algunos autores con acierto catalogan de crisis civilizatoria, o senectud capitalista.

No se presencia una simple crisis cíclica prevista por el pensamiento económico neoclásico, ni un mero desbalance que se acote al ámbito estrictamente productivo o financiero. No se trata de simples desajustes temporales de demanda u oferta, sino que se manifiestan padecimientos estructurales y estructurantes del sistema mismo. El orden capitalista expandido planetariamente en función de su reproducción ampliada ha degradado el conjunto de las órbitas de la existencia humana y ha desarrollado desquiciados emporios que han abalanzado al precipicio a la humanidad entera a nivel ambiental, energético, alimentario, productivo, tecnológico, sanitario, cultural, poblacional, de hábitat y militar, configurando una fase histórica de crisis global del capitalismo como civilización:

Es necesario hablar de una crisis civilizatoria, lo que indica que nos encontramos ante una encrucijada histórica en la que confluyen un sinnúmero de cuestiones que muestran los límites de una forma de

* Docente Universidad Nacional de Colombia. Twitter @PachoTolozaF.

La expansión militarista del capital y su recurso permanente a la guerra, han afirmado al militarismo contemporáneo como consubstancial a la dominación y reproducción del actual orden social en crisis civilizatoria

organización social, el capitalismo, con todos los elementos de tipo económico, social, cultural, técnico y ambiental que lo caracterizan. La noción de crisis civilizatoria es importante porque con ella se quiere enfatizar que estamos asistiendo al agotamiento de un modelo de organización económica, productiva y social, con sus respectivas expresiones en el ámbito ideológico, simbólico y cultural. La lógica capitalista ha incidido en términos espaciales en todos los rincones del planeta (con la incorporación a la producción y al consumo mercantil y la imposición de las relaciones sociales típicas de este modo de producción), en todos los ámbitos de la vida y la naturaleza (con la conversión en mercancías de los ecosistemas y sus productos, así como de las especies vivas y de los genes) y hasta en los aspectos más recónditos de la psique humana (con la generalización del individualismo, el carácter posesivo de la propiedad privada, el consumismo exacerbado y el egoísmo como pretendida característica de la naturaleza humana (Vega, 2009).

Las respuestas capitalistas a las crisis del 73 y del 2008, fueron meros paliativos más que salidas relativas, como en su momento lo fueron la II Guerra Mundial y el keynesianismo al crack de 1929. La nueva fase de acumulación propia del neoliberalismo implantada durante estos 50 años no logró detener la tendencia decreciente de la tasa de ganancia del capital. Cada una de sus medidas permitió beneficios inmediatos para el capital, a costa de cebar una crisis más profunda en un orden social global que evidenciaba sus insostenibilidad en lo financiero, lo ambiental o lo bélico. En términos de Jorge Beinstein:

El proceso de esas cuatro décadas puede ser interpretado como una postergación del desastre gracias a la expansión financiera-militar (centrada en los Estados Unidos), la integración periférica de mano de obra industrial barata (China, etc.), la depredación acelerada de recursos naturales (en especial los energéticos no renovables) y el pillaje financiero de un amplio abanico de países subdesarrollados. También puede ser visto bajo la forma de una “fuga hacia adelante” del sistema impulsada por sus grandes motores parasitarios (2009).

Entendido el nuevo régimen de acumulación desregularizado y sus políticas neoliberales como desarrollos mismos de la larga fase de crisis capitalista por reemplazar el antiguo patrón keynesiano/fordista, habría que ubicar dentro de este modelo las nuevas funciones y dimensiones del militarismo, que no puede entenderse como mero epifenómeno político sino parte integrante del actual orden social que no admite separaciones mecanicistas entre economía, política o guerra. Kohan nos recuerda: *“En la sociedad contemporánea la reproducción “normal” del capital imperialista no puede sobrevivir sin un proceso generalizado de guerras preventivas, intervenciones extraterritoriales y militarización creciente de todo el globo terráqueo. Procesos estrechamente ligados al intento norteamericano de hegemonía y dominación absoluta de todo el planeta²”*.

La expansión militarista del capital y su recurso permanente a la guerra, han afirmado al militarismo contemporáneo como consubstancial a la dominación y reproducción del actual orden social en crisis civilizatoria. Su funcionalidad no se circunscribe a lo bélico sino que atraviesa todas las esferas del capital, convirtiéndose

2 Kohan nos invita a retomar la apreciación de Marx en los *Grundrisse* donde concibe la guerra como un momento que estructura el orden social. Kohan (2005).

en elemento inherente y central de éste, preñado de las contradicciones propias del sistema. Por más opresiva que se sienta la férula militar imperialista sobre los pueblos del mundo, no puede aseverarse la existencia de una crisis civilizatoria del capitalismo y exceptuar la dimensión militar congénita a este orden social de dicha crisis. Por el contrario, dada la función cardinal del llamado *militarismo neoliberal* dentro de la actual fase de acumulación, lo militar no solo se impregna de la crisis sino que es gestor y acicate de la misma. Obviamente a nivel militar como en todas las dimensiones de la crisis civilizatoria advertimos una larga y desgastante degradación, no la conversión en inane del poder bélico imperialista y de sus satélites.

El militarismo correspondiente a la actual fase decadente del capital, no es el *keynesianismo militar* de F.D. Roosevelt en la II Guerra Mundial con su efecto multiplicador salvador de la Gran Depresión. Es más correcto denominarlo *militarismo neoliberal* (Cypher) o *Economía de Guerra Permanente* (Beinstein) en cuanto amalgamado con el gran capital financiero, el llamado Complejo Militar Industrial (CMI) ha derivado en un ingente renglón parasitario global, que no obstante instrumentaliza y hegemoniza para su lucro y potencia el conjunto de las relaciones económicas y geopolíticas dentro del orden social vigente. El desmedido aparato militar global devenido en paquidermia improductiva, opera como catalizador de la crisis y cáncer fiscal, pero al tiempo que se hace insostenible se ha tornado intocable por ser sostén político del orden social en declive.

El militarismo neoliberal como inherente a la actual fase del capital

Concordante con los recambios del paradigma productivo y de acumulación del capital desde la década de 1970, el militarismo imperialista se reestructura y se redimensiona en muchos aspectos. Quedan atrás las ataduras propias del keynesianismo militar con el pleno empleo y la industria bélica fabril. Con los

gobiernos estandartes del neoliberalismo de Reagan y Thatcher, aparecerá el *militarismo neoliberal* caracterizado por un exacerbado gasto público en un cada vez más privatizado, ampliado y desregulado sector de Defensa y Seguridad; y por la irrupción de la denominada *banca armada*, mientras que en términos políticos se inicia una agresiva escalada guerrerista mundial.

El *militarismo neoliberal* sincroniza desde los años ochenta el voraz expansionismo militar imperialista, con la configuración de un nuevo renglón para ganancias extraordinarias del gran capital vital para el conjunto de la economía capitalista. Se trata de dos lógicas no contradictorias sino que se retroalimentan mutuamente, aupadas ambas por la tendencia decreciente de la tasa de ganancia global presentada –por lo menos- desde la Crisis del Petróleo. Morales Domínguez así lo reseña:

El crecimiento del aparato militar, junto al desarrollo de sus fuentes materiales de sostenimiento, la industria bélica, dejó de representar solamente un incremento del carácter agresivo-represivo del capitalismo en general y del Estado burgués en particular, para devenir paulatinamente en una necesidad del funcionamiento del régimen capitalista de producción como tal, en una necesidad de la reproducción

capitalista en los centros del capitalismo desarrollado, con sus consecuentes impactos en el resto del sistema capitalista mundial (Morales Domínguez, 2006).

Sin embargo, esta potenciación militarista del capital no echó atrás la rueda de la historia ni lo devolvió a los “Treinta Años Gloriosos” de la segunda postguerra- como tampoco lo hizo el proceso de financiarización-, sino que se mitigó el colapso y se prolongó la crisis, que se agravaría al largo plazo. Desde la perspectiva de Beinstein: “Existe una interrelación dialéctica perversa entre la expansión de la masa global de ganancias, su velocidad creciente, la multiplicación de las estructuras burocráticas civiles y militares de control social, la concentración mundial de ingresos, el ascenso de la marea parasitaria y la depredación del ecosistema”(2009).

El CMI correspondiente a la actual fase del capitalismo, dista por tanto del que tempranamente Eisenhower (1960) caracterizara como de grave riesgo. No se trata solamente de la industria armamentística privada del fordismo, sino de la “banca armada” y sus productos financieros, de trust bélicos transnacionales, de “clusters” de desarrollo de alta tecnología de uso dual (civil y militar), de contratistas y subcontratistas privados de toda índole, de mercenarios individuales y corporativos, “tanques de pensamiento” estatales y particulares sobre seguridad y defensa,

El militarismo neoliberal ha permitido el reflorecimiento del mercenarismo de todo tipo, pero particularmente la irrupción de auténticos ejércitos prepagos, compañías mercenarias paramilitares que participan hoy de las acciones bélicas en todo el orbe

aparatos propagandísticos y de comunicaciones, y de un ampliado grupo de empresas más allá de las armas y del sector defensa, que proveen bienes y servicios demandados por la *economía de guerra permanente* y su descomunal aparato militar: logística, transporte, salud, alimentos, limpieza, comunicaciones, servicios de interpretación, entre tantos otros más, por no hablar de sus ramificaciones hacia otros renglones con complejos económicos subsidiarios del CMI como el penitenciario o el de seguridad privada.

A tono con la transformación del régimen de acumulación el militarismo neoliberal se flexibiliza en dos dimensiones a su vez complementarias: i) En términos operacionales implica una ruptura con la lógica de la guerra convencional buscando superar el denominado “Síndrome de Vietnam” que marcó militarmente a la potencia ante su invasión convencional fracasada. Por ello este militarismo explora modalidades diferenciadas de agresión armada que incluye la tercerización de la guerra, las llamadas *proxy war* –o “guerras por delegación”-y conflictos de baja intensidad, al tiempo que vigoriza su recurso a la guerra de alta tecnología como factor desequilibrante técnico-militar³. ii) En términos de mercado, el militarismo neoliberal constituye un renglón específico y asegurado de ganancia extraordinaria del gran capital en medio de la creciente desregularización y privatización del sector, lo que incluye entre otros aspectos la potenciación del mercenarismo corporativo.

Sobre los recambios en la estrategia de guerra, Reagan tendrá sus experiencias piloto con el impulso de la Contra nicaragüense, el Talibán afgano y el soporte

³ “Hacia 1993 con la llamada “Revolución de los asuntos militares” (RAM), EE.UU. incorporó sustanciales modificaciones en la forma de adelantar la injerencia, la invasión y la guerra a escala global. El aspecto neurálgico de la RAM estuvo constituido por la inserción de innovaciones tecnológicas que modificaron los formatos operacionales, dando preeminencia al empleo de la aviación, las telecomunicaciones y la proliferación estratégica de bases militares”. (Martínez, 2016).

contrainsurgente en El Salvador desde los mismos años ochenta, pero se proyecta en modelo operacional con el repetido formato de las intervenciones imperialistas en Afganistán, Irak, Colombia, Libia, Ucrania y Siria durante el presente siglo⁴. Se trata ya no de invasiones soportadas esencialmente en pie de fuerza de *marines*, sino en la subcontratación –expresa o tácita- de fuerzas militares subordinadas, empresas mercenarias legales o grupos armados ilegales que tendrán el determinante apoyo estadounidense. Mediante esta nueva modalidad de guerra que en cuanto desregularizada se sale de las normas del derecho internacional, ni las pérdidas humanas ni los riesgos diplomáticos recaen directamente sobre la Casa Blanca. El nuevo operar militar busca mayor movilidad, menos permanencia, menor visibilidad y mucha tecnología –especialmente uso de dispositivos electrónicos y robotizados-, tornando algo baladí ciertos criterios propios de las guerras convencionales sobre la intervención imperialista. Un solo “asesor” norteamericano con acceso a un radar en Colombia, puede ser tan peligroso para la soberanía de Nuestra América como el tránsito o permanencia de tropas.

El Premio Nobel de la Paz, Barak Obama fortaleció esta modalidad de agresión militar a través de su estrategia de “Huella Ligera” en la que enmarcó la intervención norteamericana en Libia y Siria, así como la continuación del Plan Colombia:

Durante el gobierno de Obama – sin desconocer que se llevó a cabo un mayor involucramiento logístico en múltiples e interminables conflictos bélicos -, se terminó de concretar un giro de estrategia para reducir las bajas y los costos que implicaba el llamado «estilo» de guerra del gobierno Bush y que se concreta en un proceso de externalización y privatización de

4 En Irak y en Afganistán donde predominó la contratación de compañías mercenarias legales, en ambos casos se superaron las 100 mil tropas privadas.

la labores de combate. Actualmente predomina el criterio de limitar el despliegue de grandes contingentes de tropas regulares en zonas de conflicto, y en su lugar se enfatiza subcontratar empresas privadas de tropas mercenarias, la expansión del uso de fuerzas especiales y las transferencias (ventas) masivas de armamento a aliados y estados clientes como un sustituto de la acción militar directa” (García Bielsa, 2019).

En consonancia con su nueva modalidad operacional el militarismo neoliberal ha permitido el refloreCIMIENTO del mercenarismo de todo tipo, pero particularmente la irrupción de auténticos ejércitos prepagos, compañías mercenarias paramilitares que participan hoy de las acciones bélicas en todo el orbe. Estas contratistas han transformado el tradicional CMI, y sus ingentes intereses económicos terminan siendo determinantes a nivel electoral e incluso geopolítico para el sostenimiento de guerras y conflictos armados a nivel global. Estas empresas privadas que reciben buena parte del creciente gasto militar mundial, han logrado absorber renglones enteros de la industria capitalista –como la producción aeronáutica-, monopolizar áreas de desarrollo científico e imponer su agenda de guerra gracias a su potente lobby armado y sus nexos políticos y financieros.

Ahora bien, las corporaciones mercenarias son solo un componente de la llamada *economía de guerra permanente*. De la mano de esta lucrativa privatización de la guerra, el CMI se convierte en esencial no solo para negocios particulares de la “oligarquía de la oligarquía” como la denomina Morales Domínguez, sino para el sistema en su conjunto. Al respecto valga resaltar tres procesos:

- a) CMI como instrumento de la acumulación por despojo. Harvey describe como una lógica de acumulación entendida por Marx como primitiva

u originaria, se torna recurrente en el capitalismo en crisis. La acumulación por despojo o por desposesión, expresa el recurso permanente extraeconómico del capital para la apropiación de medios de producción y garantizar su ganancia: son la violencia y el pillaje como formas inherentes a la actual fase del capitalismo y al llamado por Harvey “nuevo imperialismo”.

Dentro de esta lógica el gigantesco aparato militar imperialista –y sus extensiones vía OTAN o subordinación política- son nítidos instrumentos de inmersión al mercado de nuevos territorios, expropiación de comunidades y otorgamiento de control estratégico sobre recursos naturales o espacios geográficos para los consorcios capitalistas. Así se expresa en todas las recientes guerras que aunque inconclusas militarmente han derivado en ganancias capitalistas tanto para el CMI como para el conjunto de sectores económicos.

- b) Financiarización del CMI. En la actual fase del capitalismo no existe una industria militar compartimentada, sino que se halla imbricada con el gran capital financiero, abierta a sus flujos y sometida a su lógica especulativa. Son múltiples los ejemplos de inversiones cruzadas entre la banca y la industria militar, o entre CMI y consorcios de especulación energética, pero particularmente elocuente será que el mayor gestor de fondos de inversión del mundo, Vanguard Group sea identificado como el más grande acreedor de la industria militar global. El mismo capital lucrado con la guerra, irriga al conjunto de la economía y participa en sectores empresariales de más diversa índole, gestándose la aparición de la llamada *banca armada*, firmas financieras que sin participar directamente de la industria militar se lucran de

ésta y dependen de su expansión⁵. De igual forma la relación directa entre el creciente gasto militar estatal y endeudamiento público deriva en una incalculable *deuda militar* para beneficio del capital financiero e insumo adicional a la crisis capitalista.

- c) Militarización de la economía capitalista. El consumo parasitario de la máquina de guerra militarista, al tiempo que engendra graves desequilibrios macroeconómicos, se ha convertido en pilar no solo de la dominación política sino del funcionamiento mismo del mercado capitalista. A la integración de carteles económicos con inversiones mixtas, la ya mencionada irrigación al sistema financiero, o las asociaciones público-privadas para el desarrollo y control de tecnología de punta de uso dual, habría que agregar que la hipertrofia del aparato militar capitalista lo convierte en un indicador relevante en términos de empleo y demanda a nivel global, con agudizaciones perversas en casos como el de EEUU⁶, Israel o Colombia.

Se genera una dependencia tal del mercado capitalista hacia el gasto militar estatal, que se requiere un estado permanente de conflicto armado para mantener *in crescendo* un aparato militar cuyo desmonte implicaría un colapso económico para el gran capital. A diferencia del keynesianismo militar, el agravante en el militarismo neoliberal será que los efectos dinamizadores del gasto militar se tornan cada vez más pequeños y requieren a su vez de mayores niveles de derroche fiscal, contribuyendo al declive de la civilización capitalista y con ella a la crisis de su brazo armado, el complejo militar industrial global.

⁵ Respecto a la “banca armada” ver el estudio desarrollado por el Centro de Estudios por la Paz JM Delás <http://www.centredelas.org/bancaarmada/es/>

⁶ En 2006, el Departamento de Defensa de EEUU empleó a 2.143.000 personas, mientras que los contratistas de defensa privada emplean a 3.600.000 trabajadores, lo que supone un total de 5.743.000 puestos de trabajo en EEUU relacionados con el sector de la defensa, o el 3,8% del total de la fuerza laboral. Además, hay casi 25 millones de veteranos en EEUU. Por tanto, se puede decir que más de 30 millones de estadounidenses reciben cheques que tienen su origen directa o indirectamente en el presupuesto militar de EEUU. (TREMBLAY, 2007).

Referencias bibliográficas

BEINSTEIN, Jorge. Crepúsculo del capitalismo, nostalgias, herencias, barbaries y esperanzas a comienzos del siglo XXI. 2009

BORÓN, Atilio. América Latina en la Geopolítica del Imperialismo. Ediciones Luxemburg. Buenos Aires. 2013

BORÓN, Atilio. Problemas de la paz y de la guerra en el capitalismo actual. Ponencia al Seminario Internacional Marx Vive. Bogotá. 2016

GARCÍA BIELSA, Fernando. El militarismo en EEUU: arraigo y proyección global. En Rebelión. 2019.

HARVEY, David. El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión. CLACSO. 2005

KOHAN, Néstor. De la mano invisible al puño invisible. Guerra y Militarismo en el imperialismo contemporáneo. 2005

MARTINEZ, José Honorio. Facetas contemporáneas el militarismo norteamericano. En Revista Izquierda N° 53. 2015

MORALES DOMINGUEZ, Esteban. Imperialismo y economía militar norteamericana. El denominado complejo militar industrial. En Economía y Desarrollo Vol. 140. La Habana. 2006.

RENDON, José William. La participación de las Compañías Militares y de Seguridad Privada en el conflicto armado colombiano. (1998-2012) Universidad del Rosario. Bogotá. 2015

TOLOZA, Francisco Javier. Secuelas de Guerra: Complejo Militar Económico y Economía de Guerra Permanente en Colombia En Revista Izquierda N°82. Centro de Estudios Espacio Crítico. Bogotá. Febrero de 2020

TREMBLAY, Rodríguez. Los cinco pilares del complejo militar industrial de EEUU. En IADE. 2007.

VEGA CANTOR, Renán Crisis de la civilización capitalista: mucho más que una breve coyuntura económica. En Crisis Capitalista: Economía, Política y Movimiento. Ediciones Espacio Crítico. 2009.



GENOCIDIO Y CRISIS

Nancy De La Hoz*

En el siguiente escrito propongo un acercamiento inicial al contexto socio político en el que el terror, asesinato y genocidio, se convirtieron en habituales y necesarios al mantenimiento del poder en un Estado que, al tiempo que ejerce el terror, mantiene unas instituciones que cohabitan con ello reclamándose democráticas. Para tal fin, iniciaré con una aproximación histórico-conceptual de “genocidio”, y así mostrar en seguida el modelo genocida que opera y que somete a crisis el Estado democrático; concluyendo este texto con la prevención del genocidio.

El concepto y su raíz política

El *genocidio* como concepto tiene una historia de controversias. Es un concepto en disputa, que enfrenta lo que la historia ha recogido como verdad, con lo que estamos viviendo en la actualidad, en tanto hay eventos del pasado que aún tienen expresión en el presente y que nos permiten una narrativa con la cual es posible un ejercicio de reconstrucción, siendo tal ejercicio el que asegura que se conserve el eje de la historia y que éste no se separe del concepto, derivándose a otro tipo de prácticas distintas, tales como, la teoría de los “dos demonios”, propia de las guerras de baja intensidad de décadas pasadas en América Latina en la cual media la necesidad de defensa en el terreno y que es más dable en el contexto de una guerra civil, que puede oponerse a la idea de la programación del exterminio, es decir, a la sistematicidad. De manera que, también está en juego el esquema explicativo hegemónico.

La raíz política del concepto de *genocidio* fue mutilada tempranamente, uno o dos años después de haber sido aceptado. El concepto en realidad cobra significado pleno después de la Segunda Guerra Mundial. El término fue creado por Raphael Lemkin, abogado polaco consejero de los Estados

* *Fundación Walter Benjamin*

La tarea de desnaturalizar así el concepto de genocidio, alejando de él el elemento político, ha cobijado al concepto de “terrorismo de Estado”, considerándolo como una cadena de violaciones y “malas prácticas” de funcionarios aislados (“manzanas podridas”)

Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, y fue concebido como la *aniquilación o exterminio sistemático y deliberado de un grupo social de forma total o parcial por motivos políticos, raciales, religiosos o nacionales*. No obstante, del concepto se eliminó el término “motivos políticos”, de manera que restó elementos preciosos para la elaboración de memoria, verdad y justicia, y afectó algo sustancial, el reconocer la *identidad* del grupo afectado, que no resultaría nunca ser un grupo político. Una salida alternativa a esta exclusión es la consideración del exterminio de un grupo nacional, sin embargo, Daniel Feierstein (2012) anota que, en este caso, “se operaría un proceso de despolitización” (p. 153).

Otra dificultad para el reconocimiento político del concepto surge, en gran parte, de un factor intrínseco, esto es, su relación con el ascenso de las luchas sociales y políticas, y el control coercitivo que ejerce parte del Estado sobre ellas; además está la que considero puede ser la más difícil de superar, el *negacionismo* de que el genocidio es pensado, planeado y sistematizado, y que esconde que lo que quiere eliminar, más allá de las víctimas, es la transformación del orden macropolítico, pero, sobre todo, micropolítico, según Feierstein (2012), que caracteriza al genocidio por un triunfo sin bajas en combate .

La tarea de desnaturalizar así el concepto de *genocidio*, alejando de él el elemento político, ha cobijado al concepto de “terrorismo de Estado”, considerándolo como una cadena de violaciones y “malas prácticas” de funcionarios aislados (“manzanas podridas”), sin intención de aniquilar una identidad o fuerza cohesionadora políticamente contraria.

La contradicción se establece, entonces, claramente cuando el Estado viola su propia normativa, y construye un sistema autojustificador mientras in-

tenta mantener un equilibrio económico propicio a intereses de la clase dominante. El genocidio en sí mismo es una crisis, una salida controlada hacia la producción de víctimas en masa, que se ha dado desde antes de la existencia del Estado, pero cobra características especiales en el siglo XX.

Una de las características de este siglo es aquella que, desde los distintos cuerpos sociales, al legitimar la violencia con sus diversos registros ideológicos, se han resquebrajado diques civilizatorios quedando sin freno un tipo de agresiones y actos crueles provenientes de fantasías inconscientes individuales, siendo el contexto social el que impone el freno a este tipo de violencia. En el genocidio se estimulan hasta ser normalizadas, y luego se propicia el olvido y la repetición.

Así, pues, la necesidad que tiene el imperialismo y las clases dominantes de poner en marcha prácticas genocidas con el fin de retener el poder, es un evento político, voluntario, planificado e imbricado en unas prácticas burocráticas, que se inician ante la crisis del Estado democrático liberal. Por lo tanto, poder aplicar el concepto pasa por un trabajo que demuestre la existencia de memorias, como proceso de historización de unos hechos cuya representación sea de genocidio, que permita confrontar los conceptos de “Guerra civil”, “terrorismo de Estado” o “crímenes de lesa humanidad”.

El modelo del genocidio

Freud mencionó: “Comprobamos asombrados que el progreso ha concluido en un pacto con la barbarie” (Moses and Monotheism, 1939, p. 145), y se refería a la indiferencia, a la complicidad del mundo frente al nazismo, que, por cierto, ha sido considerado como el modelo de la práctica genocida moderna, no por el número de víctimas o por la crudeza con que produjo muertes, tampoco por venir de un Partido con gran poder, fuerza y radicalismo en sus objetivos, sino por factores más precisos:



- 1 La eficacia de su propaganda cohesionadora de mayorías civiles y de aliados regionales, y la infiltración a manera de quinta columna a otros países.
- 2 El trato de ciencia a una idea máxima fanática sobre la pureza, la que adhirieron antropólogos, filósofos, historiadores, etnólogos, juristas, economistas, teólogos, médicos, etc.
- 3 La exitosa deshumanización de las víctimas y el sustrato social que las sostenía mediante la destrucción del lazo, de la solidaridad y del reconocimiento del otro desde la empatía, que corresponde en lo individual a la destrucción del espíritu o quebrantamiento de la personalidad.
- 4 La sistematicidad que elevó la ideología racista y hegemónica de plenitud y perfección a método, impidiendo excepciones sobre el diferente, y con ello, hacer inapelable sus percepciones, juicios y determinaciones.
- 5 La elevación de acciones criminales y del asesinato a producto industrial, mediante el uso de burocracia y tecnología planificada de quebrantamiento de la identidad y la personalidad de los grupos atacados, con la proyección de un producto indispensable para la realización y repetición del genocidio: *el perpetrador*.

Estos factores así desplegados, imprimieron un cambio profundo en la imagen que el ser humano tiene de sí mismo, y corresponde a la pérdida de la dimensión ética.

Este modelo de destrucción se llevó por delante toda la construcción cultural de la ética, que reclamó

como suya el hombre europeo; ética que ocupó el centro de significación y sentido de un mundo que también produjo al nazi, y que luego se diluyó y distribuyó por todo el mundo de manera inaparente en lo restante del siglo XX; misma ética que impulsó la hegemonía capitalista tal como la conocemos en la dinámica de acumulación/despojo, impunidad/indiferencia.

Muestra de ello, están los relatos como el de Eli Wiesel, sobreviviente de los campos de concentración: “En el principio estaba la creencia, la tonta creencia, y la confianza, la vana confianza; y la ilusión, la peligrosa ilusión. Creíamos en Dios, teníamos confianza en el hombre y teníamos la ilusión de que en cada uno de nosotros existe una chispa divina que poseemos –la imagen divina en nosotros es si no la causa, sí la fuente– de todas nuestras desgracias” (Kijak, 2008, p. 88). Este testimonio nos acerca a la comprensión de la catástrofe social y lo profundamente conmocionador de la naturaleza humana, que rebela la dialéctica destructividad/creatividad de la siguiente manera:

- 1 En lo individual, produce fragmentación psíquica, con lo cual queda sin posibilidad de despliegue creativo y de gozo de la conexión emocional; en el perpetrador produce deshumanización por pérdida de la empatía, ética y desgaste de los elementos de representación, con regresión a interacciones de tipo psicótico en el sentido de la existencia en un mundo de objetos bizarros.
- 2 En lo colectivo, el nazi/capitalismo expresado en intolerancia a otras formas de entender y actuar las relaciones sociales, comerciales, políticas etc., establece un sistema rígido, que no admite la pérdida, el límite, no tolera la verdad de la multimodalidad y variabilidad, la heterogeneidad; por lo tanto, esgrime una mono-idea acerca de no admitir dispersión, sino mantener una concentración en un referente como la ganancia o acumulación ilimitada, o la superioridad racial, que es también una supuesta superioridad de clase. Así queda aislado sin articulación con otras ideas, en consecuencia, no entra en crisis ni se transforma, rechaza cualquier duda. Son las aspiraciones del pueblo a manejar su destino, lo que ofende a los perpetradores que se sienten llamados a la venganza y a disponer las condiciones de su existencia.

En Colombia, el intervencionismo y penetración desde Estados Unidos, la reprimarización de la economía, el derrumbe de la soberanía, reingeniería de las Fuerzas Militares, reestructuración de la justicia, militarización completa de la vida civil y la desarticulación territorial, con la creación de zonas de consolidación y de una guerra psicológica demonizadora desatada contra la insurgencia y su

El silenciamiento del opositor, el retener todo el poder para sí y obligar al otro a darlo todo, son el contexto de la crisis; así, el efecto del genocidio es logrado mediante la aplicación de actos crueles que requieren de una cadena de muertes

base social, pueden relacionarse con el genocidio:

- 1 Al implantar una nueva forma de identidad-subjetividad (“los buenos somos más”), puede reducir los hechos y la representación del conflicto a una contienda, donde “ganaron los buenos”.
- 2 Se suprimió la historia y se silenció la protesta social durante varios años, con métodos confusionantes de intervención comunicacional y de militarización de la vida civil útil a las lógicas neoliberales, que, finalmente, eliminaron la percepción sobre la tortura, persecución, estigmatización y la imposición de un modelo económico.
- 3 Se dio el nombre de “guerra” a una serie de hechos en los que se asesinó, desapareció, violó y desplazó un significativo número de personas, que incluyó todas las formas de destructividad hasta llegar a la desaparición de poblados, y, por consiguiente, repoblamiento por colectivos diferentes, afectos a la política estatal. De esta cruenta incursión queda una estela de fosas comunes, desaparecidos, asesinados en masacres con desmembramiento, y formas novedosas y bárbaras de eliminación de los cuerpos, territorios ametrallados, arrasados, fumigados, vinculados, en su mayoría, a proyectos agrarios y al activismo sociopolíticos, sindical, periodístico y a cualquier disidencia partidaria; y pobreza con retroceso cultural, correspondiente a conveniencias del mundo empresarial globalizado propio del nazi-fascismo.

Por ello, la historia, tal como nos la presenta Walter Benjamin, debe ser leída a “contrapelo” para romper ese encadenamiento maligno que impone la

naturalización de hechos violentos, la transformación de identidades, pactos denegatorios e ideologías del sinsentido que, como fatalidad, repetimos oprobiosamente.

Crisis del Estado democrático

El fracaso del Estado democrático lo lleva a transformarse en Estado terrorista. Apela a métodos planificados de intervención sobre las demandas legales: primero, haciéndolas ineficaces, y restando eficacia a las organizaciones y a la representación de sectores populares, y luego, utilizando la destrucción de la memoria histórica, valores grupales y la identificación solidaria con el dolor del otro, para atacar la subjetividad que sostiene lo social mediante la llamada “cultura del terror”.

Faltan dos componentes esenciales que aportara el Estado Terrorista: El accionar clandestino global del Estado militar, y el crimen y terror como método fundamental. Así, con este modelo las acciones clandestinas sustituyen las legales del Estado público porque las acciones legales no alcanzan a reprimir ciertos objetivos criminales. Así, el Estado Terrorista es la culminación del Estado militar eficiente (Duhalde, 2006, p., 25).

Al aparecer la violencia preventiva y al no distinguir enemigos externos de internos, nace la teoría de “Seguridad Nacional” y las variantes aplicadas por Estados Unidos en América Latina con la idea de defender el “modo de vida occidental”, idea máxima que justifica el no reconocimiento de la degradación de sus instituciones, quedando el camino libre a una “depuración experimental”, que puede evidenciarse en el ajusticiamiento de habitantes de calle, enfermos mentales o sectores marginales, que son prueba de su inoperancia y degradación. A partir de allí, escala en un proceso gradualista destructor de la

legalidad y juridicidad, que alcanza luego los sectores que idóneamente portarían la posibilidad de su transformación. El modelo es la cacería: persecución, aislamiento, atrapamiento, y posesión y disposición del cuerpo.

La crisis de la democracia que lleva al “estado de excepción” se hace permanente. Solo al alcanzar dicha estabilización se precipita el genocidio, pues se requiere que el estado clandestino se fortalezca y se entrelace con el estado legal, dada por asimilación de la parte clandestina ilegal en la legal.

Se evidencia claramente el deterioro de la seguridad jurídica de los derechos económicos y laborales hasta el punto crítico de destrucción de los Derechos Humanos fundamentales. El silenciamiento del opositor, el retener todo el poder para sí y obligar al otro a darlo todo, son el contexto de la crisis; así, el efecto del genocidio es logrado mediante la aplicación de actos crueles que requieren de una cadena de muertes (no una ni la más significativa como en el magnicidio), así mismo, requiere borrar el sentido y llevar al otro al orden de lo irreparable, que es la desaparición sin valor residual al punto de no soportar ni los restos mortales, por lo cual los trata como cosas o los reduce a trozos irreconocibles. El goce sin límite, la solución nazi, puede entonces materializarse.

El genocidio opera perfectamente a través de la democracia, cabalga sobre la globalización mercantil y, en los países periféricos, se ha puesto el disfraz humanista, lo cual queda descrito con las consideraciones de Humberto Cárdenas y Álvaro Marín (2006) sobre las Naciones Unidas y el discurso de los Derechos Humanos, que encubren el genocidio, pues en realidad son el espacio en donde las multinacionales imponen las políticas para violarlos, construyendo, a partir del Estado, nuevos ordenes locales para operar con las corporaciones protegidas.

En el caso particular, “el proceso de globalización mercantil vive una experiencia singular en Colombia en donde se ha experimentado la aplicación del proyecto a sangre y fuego, y se ha contado con la inveterada sumisión de los gobernantes colombianos ante la política exterior norteamericano” (Cárdenas & Marín, 2006, p. 44).

Prevención del genocidio

El ser humano con su humanidad ha producido el genocidio. El contacto con las víctimas y su afectación, que en realidad es la afectación de todo el género humano, nos da la ilusión de revertir estos hechos, en parte, por mirar atrás para ver el desastre y querer recomponerlo todo, como lo significó Walter Benjamin (2002) con aquel cuadro de Paul Klee llamado *Angelus Novus*, en este cuadro se representa a un ángel que mira la catástrofe del pasado, “querría demorarse, despertar a los muertos y reparar lo destruido” (p. 101). En ese mismo sentido, pensar en prevenir el genocidio es también humano.

Prevenir el genocidio requiere estudiar el origen de esos crímenes. La modernidad ha depositado en el Estado la canalización de la venganza que los mueve; según Raúl Zaffaroni (2010), el Estado moderno presenta una tendencia paranoide, que llega a la psicosis paranoica cuando proclama la emergencia, siendo entonces un Estado loco que sufre un grave error de significado. Anota, además, que la víctima viene a encarnar el mal de la sociedad, por lo cual crea un enemigo para canalizar la venganza con un sacrificio masivo.

En concreto y a favor del genocida, la sociedad tendría que prevenir el genocidio mediante la denuncia de las técnicas de homicidios masivos y destrucción del lazo social; demostrar el fracaso de la fórmula amoral de matar para conservar la acumulación y verticalidad del poder de los países centrales; develar



los discursos justificatorios y de negación, que convierten el genocidio en guerras contrainsurgentes o crímenes aislados de lesa humanidad, haciendo que se piense en una confrontación de dos sectores de la sociedad; así, es más fácil de manejar para el sector genocida.

Develar que el olvido y repetición es un legado genocida, deja una experiencia reparadora a la presente generación, que no tiene que pasarla a sus hijos, evitando, de este modo, la llamada “transmisión transgeneracional de los efectos del genocidio”. Para la generación siguiente al genocidio, es muy difícil pensarlo, reconocerlo y vivir sus efectos, pues la sociedad queda militarizada, imponiendo las lógicas genocidas como cambio cultural. Se da un espacio irrepresentable, sin lenguaje y sin historia, como un fantasma, un cierto extrañamiento en individuo y comunidad; se hacen innumerable los asesinados, desaparecidos, desplazados, ametrallados, presos políticos, caídos en combate; queda establecido el rencor y el resentimiento, que no permite un desarrollo y proyección propios, que no deja sino el camino a la repetición.

Al respecto Feierstein (2008) nos dice, que el torturado, el perseguido, el asesinado, son convertidos por la violencia en desechos de su propia humanidad, el desaparecido se transforma en un “alma en pena” sin sepultura, representante paradigmático del aniquilamiento de los sistemas simbólicos y de los ritos reguladores del pasaje de la vida a la muerte.

De otra parte y para finalizar, el reconocimiento de lo perdido trae la recuperación del eje tiempo-historia, que dispara un proceso creador y confrontador con la historia, que es el pasado en el presente. Así, se recupera el derecho a la divergencia, a defender la marginalidad y a fundar una visión desde un nuevo orden que dé testimonio de su verdad.

Referencias bibliográficas

Cárdenas, H. y Marín, A. (2006) La Biodiversidad es la cabalgadura de la muerte. Colombia: Travesía.

Duhalde, D. (2006). El estado Terrorista. Terrorismo de Estado, Efectos psicológicos en los niños. Buenos Aires, Argentina PC.

Feierstein D (2008). Seis estudios sobre genocidio

Feierstein, D. (2012), Memorias y representaciones sobre la elaboración del genocidio. Buenos Aires, Argentina: FCE.

Kijak, M. (2008), Laberintos de la Violencia. B Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: LE (Lugar Editorial)

Moses and Monotheism, (1939). Standard Edition, vol. 23, Londres, Hogarth, The Institute of Psycho-Analysis, 164.

Zaffaroni, E (2010), Crímenes de Masa. Buenos Aires. EM. Ediciones Madres de la Plaza de Mayo.



APÉNDICE

DESARROLLO DESIGUAL Y ASCENSO DE LAS LUCHAS ANTIIMPERIALISTAS: AMÉRICA LATINA, AVANCES HACIA LA GRAN PATRIA DE SIMÓN BOLÍVAR¹

Nelson Raúl Fajardo Marulanda (†)

Las grandes transformaciones que se están gestando y se seguirán dando, no se hacen en condiciones de igualdad, ante todo, entre países desarrollados y países atrasados o menos desarrollados. Esta desigualdad y contradicción toma su forma más acabada, por el momento y para el caso de América Latina, con el conflicto entre el monroísmo y el latinoamericanismo. Es una contradicción principal entre esos dos polos, que apuntan a tomar desenlaces que, según la correlación de fuerzas, pueden ser desfavorables como favorables.

Esa contradicción principal del continente americano se traslapa con otras contradicciones, que sin pertenecer al nivel de las fundamentales, sí hacen más compleja la transición por la que estamos cruzando. Se trata de la contradicción entre el capital y el trabajo, entre el avance del capitalismo y las trabas heredadas de épocas premodernas que aún persisten.

Son trabas que nos impiden progresar a niveles más elaborados y nos estancan en unas relaciones complejas, en las que dominan la explotación económica, mezclada con el boom de las variadas formas de economía ilegal violenta y no violenta. Que generan, a su vez, un tipo de ser humano o colombiano oscilante y ambiguo, en el que pesa un comportamiento ladino e inseguro, lo torna desconfiado y prevenido, pero al mismo tiempo aventurero, creativo y buen imitador.

Al mismo tiempo, está rodeado y hace presencia todavía una cultura parroquial y pequeñoburguesa de la ostentación y la banalidad, conjugada con

¹ Fragmento tomado del texto Fajardo, N. (2016). Lo que afecta la buena marcha política de un partido revolucionario. Aportes para el debate a propósito del 22 Congreso del PCC. Bogotá: Editorial Ltda. (págs. 6 - 16). Un sencillo homenaje en el primer aniversario del fallecimiento de Nelson Fajardo, cuya agudeza crítica es hoy más necesaria para afrontar la crisis del capital.

El monroísmo es una doctrina de contención y una teoría de dominación. Es una propuesta que se agitó y levantó en el marco de la creciente decadencia y derrota del colonialismo español y portugués, y el creciente poderío de Estados Unidos, que condujo a imponer la consigna política de *América para los americanos*

unos medios de comunicación super monopolizados, que penetran las mentes de esos ciudadanos y los paraliza.

El monroísmo es una doctrina de contención y una teoría de dominación. Es una propuesta que se agitó y levantó en el marco de la creciente decadencia y derrota del colonialismo español y portugués, y el creciente poderío de Estados Unidos, que condujo a imponer la consigna política de ***América para los americanos***. Así mismo, fue una especie de cortina de humo para ocultar el tránsito del colonialismo inicial al neocolonialismo practicado por esta potencia emergente, desde el momento de las gestas y las proclamas independentistas.

Estados Unidos empezó su tendencia expansionista anexando las tierras latinoamericanas pertenecientes a México, antes de convertirse en una potencia neocolonial. Los chicanos denominan dicho status anexionista como “colonialismo interno”.

Al llamado *América para los americanos* se articula el ***Destino manifiesto***, cuya esencia es la filosofía de la expansión y la expropiación violenta de los bienes y recursos de otros. El *Destino manifiesto* expresa un dogma de autoconfianza y ambición supremas.

La idea central consiste en considerar que la incorporación a Estados Unidos de todas las regiones adyacentes constituye la realización virtualmente inevitable de una misión asignada a la nación por la providencia misma². Podemos afirmar que después de las gestas de la Primera Emancipación y la muerte de los dirigentes más destacados de la misma, incluida la de Simón Bolívar, la oleada latinoamericanista entra en un reflujo entre 1823 y 1829, por la traición a Simón Bolívar por parte de

2 Olivia Campos, Carlos: *Entre el panamericanismo hegemónico y la integración independiente*, unesp.com.br/portal/artigos/estadosunid.pdf

las burguesías comerciales, aliadas con los grandes terratenientes; las conspiraciones hechas desde E.U.A. contra el proceso boliviano de ese momento y el sabotaje desarrollados por las oligarquías latinoamericanas.

La ofensiva expansionista estadounidense, iniciada con México, fue implacable y combinó la ocupación con la invasión, la anexión e incluso la persuasión, pero con dominio de las primeras formas. Al llegar a un alto nivel de concentración de tierras, los Estados Unidos de América transforman la dirección de los propósitos de la doctrina monroísta que servían para frenar las intenciones europeas de retorno (la Santa Alianza) en una clara política al servicio de la potencia estadounidense.

Es bueno recordar que las gestas de independencia de las naciones sureñas del continente americano no contaron con el apoyo de Estados Unidos de América. Sugerimos entonces definir monroísmo como:

(...) un cuerpo ideológico de origen estadounidense, cuya esencia consiste en aplicar la más variada gama y formas de coerción, como persuasión, en defensa de los intereses geoestratégicos de Estados Unidos de América (*América para los americanos*), principalmente de sus sectores más ultraderechistas y militaristas; formas que contienen prácticas terroristas, violentas y criminales, contra otros Estados, naciones y pueblos del mundo e incluyen el expansionismo (*Destino manifiesto*), soportado en invasiones, anexiones, intervenciones; con el fin de asegurar el control total del mundo.³

En este sentido, los principios bolivarianos como la igualdad, entendida como la igualdad social, la libertad

³ Laguardia Martínez, Jacqueline: *La independencia de América Latina en los siglos XVIII y XIX. La participación de Venezuela*, en monografias.com Historia.

**Un bolivarismo
hecho sobre lo
que dio vida a
una concepción
antiimperialista,
democrática, de
soberanía popular
y revolucionaria,
anterior a la
emergencia del
monroísmo**

como forma de aquilatar los intereses del individuo con el bien común; la democracia, entendida como la política que busca el mayor grado de felicidad posible para los pueblos y la justicia, que no se violen los derechos de libertad e igualdad; estos principios tienen mayor vigencia que nunca, especialmente cuando vemos países de la región que los colocan en práctica, con el criterio de la *Segunda Emancipación*.

Esta emancipación está asociada en gran parte con el progreso de las naciones y la región. Luego de la Primera Emancipación, que logras la independencia política y administrativa de las relaciones coloniales más antiguas, las naciones deben emprender un conjunto de reformas y cambios que afecten positivamente las estructuras económicas que permanecieron varias décadas intactas y heredadas del régimen colonial. Se agrega la división de las repúblicas americanas, la más fuerte entre el norte estadounidense y el resto de América, que permitió que las potencias convirtieran dichas repúblicas en apéndices de los centros del capital, a través de la intromisión política indirecta y directa, según el caso, en los asuntos de las naciones de la región.

Es así como después de la Primera Conferencia Panamericana, de 1892, emerge un latinoamericanismo que empieza a mostrar y confrontar las posiciones del monroísmo, pero también se va dando un alinderamiento entre la adhesión a uno u otro polo de la contradicción.

Dentro de las secuelas deformantes heredadas del colonialismo, tenemos el problema de la propiedad sobre la tierra, la mala distribución de la riqueza, regímenes autoritarios y despóticos, entre otras. Son características y fenómenos tangibles y realmente existentes, que se acompañan de márgenes de dependencia crecientes con respecto a los países capitalistas desarrollados, para el caso colombiano,

los Estados Unidos. Esa característica nos permite plantear una definición del latinoamericanismo hecha desde una perspectiva ideológica y política:

El latinoamericanismo es una corriente teórica y práctica que sustenta su acción ideológica y política en la necesidad de superar la dependencia de los Estados Unidos de América, con el propósito de consolidar la integración latinoamericana y dar vida a la Gran Patria libre, autónoma, independiente y democrática; resultado de la Segunda Emancipación de nuestros pueblos, cuya base fundamental es el bolivarismo.⁴

Se plantea, entonces, que la base fundamental del latinoamericanismo está en el bolivarismo, elaborado por el propio Simón Bolívar, por cuanto sus objetivos y propósitos se ligan a la búsqueda de las condiciones para crear una Nación latinoamericana.

Es un bolivarismo hecho sobre lo que dio vida a una concepción antiimperialista, democrática, de soberanía popular y revolucionaria, anterior a la emergencia del monroísmo, con el que de manera bastante conflictiva se plaga el continente de miseria (realidad material), en contraste con las élites del gran capital de una potencia que en su trama interna ha practicado, de manera permanente, métodos violentos de expansión, dominio, avasallamiento y subordinación.

Es decir, América Latina tiene que cargar una doble contradicción: la primera, entre capital y trabajo, propia del desarrollo endógeno; la segunda, entre monroísmo y latinoamericanismo, propia de la dependencia y la subordinación al capitalismo en su fase imperialista.

Con ello queda demostrado que el camino recorrido por el latinoamericanismo hace del ascenso a la modernidad capitalista algo *sui generis*.

4 *Ibid.*



FUNDACIÓN
WB
WALTER BENJAMIN



GRUPO DE ESTUDIOS DE
FILOSOFIA POLITICA
ESPECTROS